

# JOAQUIM DOLS

*Ingenio*

En el principio fue el ingenio. Nuestro principio. El principio de nuestra sociedad. De nuestro pensamiento. De nuestra cultura. De nuestro arte. De nuestro imaginario. Contemporáneo. Tecnológico contemporáneo.

La cultura de la tecnología, nuestra cultura, tecnocultura, halla su principio en lo que es el principio de su propia esencia, que no se trata tanto de la máquina, tal como demasiado a menudo se ha pretendido, sino del ingenio. Doble ingenio. La tecnocultura como cultura del ingenio, de pensamiento y de obra.

La tecnocultura es la cultura del pensamiento ingenioso y, así, capaz en consecuencia de obrar ingenios, un modo léxicamente coherente de referirse a lo que ahora denominamos aparatos y que en un principio, ése principio, aún se los percibía como lo que ciertamente nunca han dejado de ser: un prodigio, una maravilla, un asombro. De ingenio. De ahí, consecuentemente, que se los denominase ingenios.

El ingenio en sí y el ingenio hecho cosa. La idea y el objeto. Que entonces podrá ser máquina. Artilugio. Instrumento. Que nunca dejará de ser ingenio. E ingenio artificial. Automático. Inteligente. Con la inteligencia justamente ingeniosa de lo artificial que funciona de modo

automático. Autónomo. Independiente. Tal como lo natural. El ingenio y lo cyber.

En el principio fue el ingenio, y aún lo sigue siendo, literalmente: *engin* en francés, *engine* en inglés, *ingegno* en italiano, *enginy* en catalán, voces todas ellas que, al cabo, no son sino un modo de seguir diciendo el latino *ingenium -ii*, el cual se refería exactamente a lo que parece referirse, y esto es el *in-genium*, o sea, lo generado (*genium*) desde dentro (*in*), que es tanto como hablar de lo introgenerado. Engendrado. Lo cual, por tanto, resultará ser lo más natural, innatamente natural, a la vez que podrá ser lo más artificial, inteligentemente artificial. El ingenio y la AI.

El ingenio de ahondar en uno mismo hasta entrever el propio corazón de las tinieblas y, justo entonces, extraer de ahí dentro algo que, y en ello radica el ingenio, resulta del todo insospechado. El ingenio y lo insospechado. Lo inesperado. Lo increíble. El ingenio en tanto capacidad mágica de asombrar, ofreciendo ideas y artilugios no-se-sabe-venidos-de-dónde, al tiempo que sí-se-sabe-que-venidos del doble fondo de la chistera de lo convencional. El ingenio y la magia.

El ingenio, la naturaleza y la perplejidad. De darle la vuelta a la naturaleza. De las cosas. De los hechos. Del conocimiento mismo acerca de los hechos y las cosas.

El ingenio, en esa fase inicial, primordial, se refería ante todo a las propiedades y cualidades innatas objeto de atención, fueran de un ser, lo fuesen de un modo de comportamiento, lo cual era tanto como estar hablando de su auténtica esencia, de su condición última, de su genética. El ingenio y el gen, no en vano *in-genium* derivaba de *in-geno*, o sea, de engendrar. El ingenio y el engendro ... ¿mecánico? El ingenio y el génesis ... ¡tecnológico!

El ingenio se refería asimismo a las cualidades y propiedades adecuadas de dicha atención, fuese ésta de pensamiento o en artefacto, lo cual es tanto como estar hablado de su condición funcional, de su funcionamiento autoregulado, de su genialidad. El ingenio del genio, eso sí, en total libertad, no en vano de *in-geno*, a su vez, derivaba *ingenuus*, *a, um*, que no quería decir ingenuo al que se puede fácilmente engañar, sino libre y veraz, la veraz libertad de la *ingenuitas -atis*, que no significaba candor próximo a la tontería, sino estrictamente la condición del que nacía libre. La vía de la in-genuidad hacia la libertad. La libertad del que es libre. La libertad del que se siente libre. La libertad del que piensa libre. La libertad del que actúa libre.

En el principio fue el ingenio de la libertad del genio que piensa y siente y aún actúa veraz, y sincero, y honesto, y libre. Ingenuamente libre. Naturalmente libre. Inteligentemente libre. La inteligencia propia de la ingeniosidad (*ingeniositas -atis*). La inteligencia propia de la genialidad (*ingenio*).

El ingenuo como paradigma del sabio auténtico, por contraposición al falso sabio, que no es sino un mero acumulador de conocimientos. Saber frente a conocer. Pensar frente a clasificar. Sentir frente a acumular.

El ingenio como arquetipo de la vía hacia la sabiduría auténtica, opuesto a la razón como arquetipo de la vía hacia la sabiduría aparente. La agilidad de pensamiento contrapuesta a la pesadez de raciocinio. La penetración del ingenio. El ingenio y la agudeza. La agudeza del ingenio.

Lo que vale, realmente vale para la sociedad de la tecnocultura, es el ingenio (*ingenium*), no la razón (*ratio*): la nuestra es la sociedad de la cultura del genio, en tanto único capaz de lo insospechado. Hasta ese momento, insospechado. Único capaz de lo nuevo. En ese instante, nuevo. Único capaz de lo sorprendente. Siquiera por un tiempo, sorprendente.

En un principio, nuestro principio, fue el ingenio y no la razón, como erróneamente se afirma demasiado a menudo. Porque la nuestra no es la sociedad de la razón, sino antes bien de la sinrazón, la sociedad de la cultura de la sin-razón, porque nunca existe razón alguna para que hayan surjido sus ideas, nuestras ideas, que más bien son locuras, por científicas que aparenten, siendo como son gigantescas utopías. De la razón no sale nada que se aparte de la razón, previa, existente, dada. Salvo la hipertrofia de la razón misma, en forma de pesadilla. La pesadilla de tener razón. A todo trance. A prueba de hogueras. La tecnocultura no es esto, sino justamente todo lo contrario, en tanto es la cultura de la utopía, frenética. La cultura de la hipótesis de trabajo, a cual más descabellada. La cultura de la aporía y el absurdo, quizá lógicos, pero en todo caso de una lógica surreal. Que justamente por ello resulta siempre, siempre, sobre-real.

La tecnocultura como cultura no tanto de la innovación, que lo es, sino esencialmente del cuestionamiento, autocuestionamiento sistemático. Del resquebrajamiento de toda seguridad, sobre todo científica. Del movimiento perpetuo, no sólo en términos astrofísicos, sino también en el pequeño ámbito de lo cotidiano. De las ideas. De las decisiones. De los hechos. Su razón no es tanto la razón, sino esencialmente la puesta en duda permanente de su razón. De toda razón. Su método no es tanto el

método, sino fundamentalmente la genialidad llevada metódicamente al extremo mismo de la perplejidad. Acerca de todo método. A propósito de toda razón. La razón y el método de la genialidad.

La sociedad de la cultura de lo nuevo y lo genial, nuestra cultura, nuestra sociedad, es así que encuentra su principio exactamente en el principio de la cultura de la genialidad. Que lo será, por tanto, de la ruptura. Que lo será, fundamentalmente, de la inventiva. Que lo será, sobre todo, de la innovación. Impactante. Deslumbradora. Radical.

Y como precisamente la inventiva es la columna vertebral de la ciencia, es así que se va cerrando el círculo, y todo va apareciendo, pareciendo poco a poco claro. Diáfano, claro. La claridad propia del viaje hacia lo desconocido, que tal es la invención, incluso etimológicamente: *invenio, is, ire, veni, ventum*, de hecho significa lo que aparenta significar, o sea, llegar (*venio*) a, hacia, hasta (*in*); o sea, descubrir, averiguar, inventar. Que en ocasiones podrá ser lo desconocido. Que en todo caso se deseará que sea lo desconocido. La invención y la metáfora.

La metáfora, otra voz viajera, griega en este caso, que significaba literalmente trasladar algo de un lugar a otro. La metáfora y el viaje. De la invención. La invención como viaje. A mundos desconocidos. No tanto para conocerlos, tan sólo, sino para reconocer que, junto a lo conocido, existe, coexiste siempre lo desconocido. No tanto para descubrirlos, tan sólo, sino para descubrir, redescubrir que, lo realmente atractivo no es lo ya descubierto, sino lo que tal vez pueda aún estar por descubrir. No tanto para explicarlos, tan sólo, sino para admitir, readmitir que nada hay más atractivo que lo que todavía no se ha hecho. Y hacerlo. Lo hecho. Lo dicho. Lo pensado.

La tecnocultura del ingenio como la cultura del genio de no prohibirse, autoprohibirse a hacer lo que hasta ese momento nunca se ha hecho. Pensado. Dicho. Incluido cuestionarse las verdades más inmutables. El ingenio y la certeza, incierta. El ingenio y la verdad, de la teoría de la incertidumbre.

Porque la verdad, de las verdades, no se alcanza por el raciocinio, el cual, a lo máximo que puede conducirnos, es al recto juicio de los hechos. Conocidos. Cosa que, en términos amplios, equivale a no moverse jamás del mismo sitio. A veces subiendo de lo pequeño a lo grande, que tal es la inducción. A veces bajando de lo general a lo concreto, que tal es la deducción. Pero siempre, condenadamente siempre encerrados en el mismo territorio. De lo conocido. Ya conocido. Ultraconocido.

A la verdad, siempre oculta, siempre evanescente, sólo se llega desde el ingenio. Agudo. Ígneo. Disparatado. Provocativo. Salvaje. De una manera muy similar a tal como actúa, si no en sí el arte, sí propiamente la pulsión artística. La inspiración artística. La creación artística. El ingenio y el pensamiento artístico, que es asimismo sentimiento, que es incluso iluminación, que sobre todo es poética.

Lo bueno de este caso, como en tantos y tantos otros, es que justo vamos bien encaminados, precisamente cuando creemos que vamos mal encaminados: y así, cuando decimos que en el principio fue el ingenio, a lo que de hecho nos estamos refiriendo es al arte, como poética, como sentimiento, como pensamiento, como pulsión. Liberadora. Aguda. Feroz. El ingenio y el arte. El ingenio del arte. El ingenio como arte.

La tecnocultura, de buscarlo, halla su principio en lo que es el principio de su propia esencia, que no se trata en modo alguno ni de la máquina ni tan siquiera de la razón, tal como demasiado a menudo se ha pretendido, sino del ingenio. El ingenio del genio liberado de toda atadura. Con respecto al pasado, al presente y aún al futuro. El ingenio del genio que, antes que pensar, presente, y más que presentir, directamente siente. Y siente emocionado. Airado. Vidente. Como un artista, que en el fondo no otra cosa es. Un artista. En carne viva de emoción. En pensamiento herido de sensibilidad. Mago de mil ensueños. Fabulador de mil engaños. El señor del ingenio. El arte y el ingenio.

En el principio fue el ingenio, pero el ingenio en su estado más básico, en bruto, *primal*. El ingenio que les resulta común a poetas e ingenieros. El ingenio de la poética que alumbra maravillas, poco importará que luego éstas sean poemas o artefactos, e importará poco porque en ambos casos serán emocionantes. Inverosímiles. Sorprendentes. El ingenio y la vanguardia. El ingenio y las nuevas tecnologías. El ingenio y la creatividad. Por la creatividad. Pura. Que nada podrá impedir. Que nada debería negar. Que nada hubiera tenido por qué perseguir. El ingenio y la revolución. En las ideas. En los hechos.

En un principio fue el principio de la revuelta, que lo fue en el fondo de la inteligencia. Que lo fue esencialmente de la humanidad. Que lo fue al fin de lo nuevo. De la sociedad de lo nuevo. De la sociedad también de lo cotidiano. Lo civil. Lo público. Lo laico. Un principio al que cabría situar, aproximadamente, unos setecientos años atrás en el tiempo. Nuestro principio.

El principio de una sociedad de hombres que se sienten hombres y que quieren ser hombres, no fieles, no esclavos. Hombres que son hombres y

mujeres hablando acerca de mujeres y hombres. Hombres y mujeres hablando acerca de mujeres y hombres que hablan acerca de todo, incluidos los dioses. Hombres y mujeres que hablan acerca de mujeres y hombres que a veces incluso hablan acerca de dioses, para seguir hablando acerca de hombres y mujeres. La humanidad y el ingenio. El ingenio y el humanismo.

El humanismo, pero no el del llamado, mal llamado Renacimiento, sino propiamente el de la revolución social e ideológica que, más o menos hace setecientos años, se fue extendiendo a lo ancho de la sociedad occidental europea, toda.

Una revolución que se produjo esencialmente en el plano de las ideas, ideales, cuya esencia última bien puede decirse que fue la liberación, autoliberación del hombre y la mujer para poder pensar en libertad. Como un hombre. Como una mujer. De pensar, de sentir y, aún más, de actuar en libertad. La libertad de la discrepancia. La libertad de la blasfemia. La libertad de la herejía. La libertad de acción. De ahí, consecuentemente, que el ingenio, en tanto libertad en su estado más salvaje, primario, innato, fuese una de sus metáforas. La metáfora del ingenio.

La metáfora del ingenio del hombre y de la mujer agudos, ígneos, pero también la metáfora del ingenio como ejemplo. Arquetipo. Tropo. Del Todo. Incluida la misma divinidad. Y fue así que la vieja divinidad, en tiempos iniciales de la tecnocultura, adoptó la figura del ingeniero maravilloso. Metamaravilloso. La cultura de la tecnología, nuestra cultura, tecnocultura, tiene así su principio justo cuando la sociedad convierte al viejo Dios del mito en un relojero (*horologarius*), divino. Ingeniero de ingenios, que lo fueron mecanismos, que lo fueron sobre todo relojes. El ingenio del reloj como modelo de la divinidad, relojera. El ingenio y la divinidad, ingeniera. El ingenio y el mundo, ingeniado.

En un principio fue, unos setecientos años atrás, el ingenio del mecanismo del reloj traspolado a metáfora del cosmos, pero tanto como de la propia sociedad. Entendida como un mecanismo, autorregulado. Al margen de la naturaleza exterior. En razón del reloj. De la plaza mayor. Reloj de funcionamiento automático, milagrosamente automático. El nuevo milagro de la maravilla del ingenio. Ingenio automático con música automática y figuras de autómatas, no menos maravillosas, no menos milagrosas, no menos ingeniosas. El ingenio y el robot. El ingenio y la programación. El ingenio y el ordenador.

De este modo, nada más comprensible que el ingenio de los ingenios, que son aparatos, del mismo modo que el ingenio de los ingenios, de los

que son ingenieros, adquirieran por esas fechas una valoración social absolutamente inédita. El aumento en el uso del término ingeniero (*ingeniarius*), corrió en paralelo al aumento en la importancia del papel desempeñado por el propio ingeniero en la sociedad. Una importancia que sólo puede ser comparable a la alcanzada por sus obras: los ingenios. Ingenios ante todo prácticos. Que lo serán hidráulicos. Que lo serán eólicos. Que lo serán constructivos. Que lo serán industriales. Que lo serán mediáticos.

La sociedad nueva de la tecnocultura es la sociedad del ingenio que penetra hasta lo más hondo de la propia sociedad, que tal resulta lo cotidiano en lo público y en lo privado. Lo cotidiano de lo que se come y se bebe. Lo cotidiano de lo que se cultiva y se comercia. Lo cotidiano de lo que se admira y se valora. La vida y el arte. El arte del ingeniero. De ingenios asimismo tecnoartísticos. Que lo serán escénicos. Que lo serán lúdicos. Que lo serán musicales. Que lo serán imagineros. Que lo serán espectaculares.

La sociedad nueva de la tecnocultura es la sociedad del ingenio en el arte, que seguirá siéndolo privado, pero que no menos empezará a serlo público. En público. De fiestas. De feria. De espectáculo. El ingenio del espectáculo del teatro. De la música. De la pintura. Ingenios voladores para las *sacre rappresentazione*. Ingenios *f/x* al servicio de los *festaiuoli*. Ingenios que son *automata* en jardines si no encantados, cuando menos principescos. Ingenios de puro *3D* de manos de los pintores.

El ingenio, el ingeniero y el arte. Y es así cómo el arte dejó de ser el mismo. El mismo arte que había venido siendo en tiempos del mito. De la sociedad del mito y el rito, religiosos. De la sociedad del icono, sagrado. Y es así cómo el arte pasó de ser arte a ser ingenio, claro está que para no dejar de serlo, arte.

En el principio fue el ingenio y no el arte, porque precisamente la esencia del arte empezó a ser la del ingenio, siendo así que nuestra concepción del arte surge directamente de las entrañas mismas de aquella idea del ingenio. Revolucionaria. Libre. Humana. La humanidad libre y revolucionaria de no tener miedo al hombre. Hombre o mujer. Ni al hombre, ni a la mujer, ni a su ingenio. Ni a su ingenio, ni a los ingenios producto de su ingenio. El arte del ingenio en libertad. De creación. De invención. De imaginación. De sorpresa. De conmoción.

De este modo, todo siempre acaba siendo muy complicado, aunque todo a la vez no deja de ser muy sencillo: el arte, aquél del mito, para llegar a ser el arte, el nuestro por el arte, sólo podía lograrlo desprendiéndose de

su carencia de ingenio. Ingenio para la fantasía. Ingenio para la tecnología. Ingenio para la seducción. Ingenio para la irreverencia. Ingenio para el atrevimiento.

Esto es justamente lo que se produjo hace unos setecientos años: la revolución del ingenio, que en el territorio de la imaginería vino a suponer el inicio del arte, y ello a pesar de que entonces, y durante largo tiempo, se denostara el ... ¡arte! Algo que podría resultar altamente sorprendente, sino fuera porque tiene su explicación, incluso lógica: si el arte había venido siendo el arte del mito, lo cual era tanto como entenderlo como un mero recetario instrumental, medial, al servicio de la religión, ese arte no podía interesar a la nueva sociedad del ingenio: si eso fuera arte, entonces el arte nada tendría qué ver con la creatividad y sí en cambio todo con el oficio. Y, de hecho, así era. La sociedad del mito había sido la sociedad del hacer bien lo que hay que hacer, y sólo eso, nada más que eso, en tanto la sociedad del ingenio anhelaba ser justamente la sociedad del ensayo. De arte y ensayo.

Setecientos años atrás, así, la voz arte tenía un peso, que era el peso del taller de oficios aplicados, sobre todo a la imaginería. El arte de la manualidad, diestra. El arte de lo que se puede tanto enseñar como aprender, con paciencia. La voz ingenio, por contra, sonaba, resonaba a inventiva, a inspiración, a lo que no puede ser susceptible ni de enseñarse ni de aprenderse, porque simplemente se alcanza o no se alcanza. Desde dentro de cada uno. Desde la naturaleza misma de cada uno. Cada una.

El ingenio (*ingenium*) y el arte (*ars*), setecientos años atrás en el tiempo, empezaron a perfilarse como sendos modos de referirse respectivamente a la inventiva y a la destreza manual, a la idea y a la técnica, a la imaginación y a la mano, de ahí justamente que la tecnocultura halle su principio en el ingenio, porque para nuestra cultura, lo importante no reside en la ejecución física, sino en la ideación: lo *soft* siempre prima sobre lo *hard*, que no es sino pura ferretería. El ingenio y el *logiciel*. El ingenio y la inspiración. El ingenio y el genio.

El arte, entonces, obró en sí mismo la maravilla de la metamorfosis, y es de este modo que, por esas mismas fechas, el arte empezó a dejar de ser fundamentalmente un buen dominio de los materiales y las iconografías y los procedimientos, para pasar a adentrarse en el territorio de la genialidad, con lo cual, por un lado se siguió hablando de arte, cuando de lo que se estaba hablando era básicamente de ingenio, mientras que por otro dejaron de existir las fronteras definidoras de qué era arte y de qué no lo era, siquiera fuese en razón de la técnica, la temática o el material empleados.

El arte nuevo de la nueva sociedad era, por tanto, el arte del ingenio. El ingenio llevado al territorio del arte y la imagen. El arte y las nuevas tecnologías. El arte y la ciencia. El arte y los efectos especiales.

En el principio fue el ingenio, que era invención, que era inspiración, que era talento. El ingenio como la condición propia del genio, inspirado, autoinspirado (*ingeniose*). El ingenio, también, como la condición propia de lo adecuado, mediáticamente adecuado, instrumentalmente adecuado (*ingeniosus, a, um*). De ahí que ni pueda haber hombre de ingenio que carezca de libertad de pensamiento, ni tampoco puede haber aparato de ingenio que no funcione adecuadamente, punto justo en el que aparece, reaparece la habilidad. Manual. Funcional. Ergonómica.

En el principio fue el ingenio, y lo fue porque el ingenio justamente se remitía tanto a la libertad de pensamiento como a la honestidad de obra. El ingenio y lo ingenuo. De las buenas costumbres (*ingenui mores*). De las artes liberales (*ingenuae artes*). De las artes mecánicas. El ingenio, la libertad creativa y los mecanismos. De arquitectura. De ingeniería. De escenografía.

Los nuevos arquitectos de la nueva arquitectura de la nueva sociedad serán, así, antes bien ingenieros. De ingeniería y de ingenio. Hasta el punto de que el término *architectus* (arquitecto) fue siendo sustituido por el de *ingeniator* (ingeniero) e incluso por el de *machinator* (constructor de máquinas). Lo cual, bien visto, que será mejor pensado, repensado, no deja de ser comprensible y más aún significativo. De un pensamiento eminentemente técnico. Tecnológico. De una visión pragmáticamente efectiva. En la naturaleza. El ingenio y la naturaleza.

La sociedad de la tecnocultura, de buscarlo, halla su principio en lo que es el principio de su propia definición, que no es tanto la cultura de la máquina ni de la razón, tal como demasiado a menudo se malentiende, sino la cultura de la naturaleza, como casi nunca se bienentiende. La cultura de explicar el macrocosmos por medio del microcosmos de sus propios ingenios. Maravillosos. Asombrosos. Sobrecogedores. Técnicamente sobrecogedores, asombrosos y maravillosos en su mismo funcionamiento, como-si-fuese-natural. El ingenio y la simulación.

Ingenios que explicaban, autoexplicaban en su propia estructura cómo eran, cómo se entendían que eran las cosas de la naturaleza, en tanto resultaban modelos contruídos a partir de la estructura de la propia naturaleza. El ingenio como neo-naturaleza. El ingenio como micro-naturaleza.

La tecnocultura, así, se presenta ya desde su msmo principio como la cultura del pensamiento que no sólo quiere entender la naturaleza

hallada, sino que sobre todo quiere generar otra nueva. Paralela. Alternativa. Mejor. La tecnocultura como la cultura de la física de las dos naturalezas: *primal* la una, *tech* la otra. La tecnocultura como la cultura, no de lo *primal* o lo *tech*, sino de lo *primal* y lo *tech*.

Es así absolutamente lógico que, al buscar el principio del pensamiento tecnológico contemporáneo, nos encontremos con un principio lleno de máquinas, que serán artilugios, que serán instrumentos, que serán artefactos. Un principio lleno de artefactos y también de razonamientos, que lo serán matemáticos, que lo serán geométricos, que lo serán mecánicos. Ahora bien, lo que realmente importa en ese principio, de ese principio, es lo que subyace detrás de tales razonamientos y artefactos: y esto es el ingenio. El ingenio de lo que también vino, convino en denominarse filosofía de la naturaleza. Filosofía que lo fue de la física en vez de la metafísica. De la mecánica en vez de la simbología. De la ciencia en vez del mito.

La filosofía de conocer cómo son las cosas, experimentalmente, no de cómo se dice que son las cosas, bibliográficamente. La filosofía llevada a la vida, cotidiana. La filosofía llevada a la tecnología, práctica. De calcular. De edificar. De medir. De transportar. De combatir. De regar. De pensar. De comunicar. De imaginar. Imágenes. Imaginerías. Imaginaciones. La filosofía de la física de la naturaleza llevada, ¿y por qué no?, al territorio del arte, que lo es esencialmente de la imagen, que lo es consecuentemente de la imaginación, que lo es sobre todo del imaginario. La tecnología del arte y el imaginario.

De este modo, nada más normal que el imaginario de la sociedad nueva de la nueva cultura de la tecnología, tecnocultura, abunde en máquinas, que serán aparatos, que serán artilugios, que serán ingenios. Y ello desde el principio mismo, unos setecientos años atrás, tiempo aquél en el que la tecnocultura dejó lo oscuro de los laboratorios para acceder definitivamente a la luz de la plaza pública. Con sus ingenios. De arte. Del arte de la imagen.

Ingenios para captar la imagen. Ingenios para manipular la imagen. Ingenios para proyectar la imagen. Ingenios para conservar la imagen. Ingenios para multiplicar la imagen. Ingenio para calcular la imagen. Ingenios para transferir la imagen. Ingenios para entender la imagen. Ingenios. Espectaculares. Del espectáculo del arte de la imagen.

Ingenios de tramoya y trampantojo, de metamorfosis y aparición, de miedo y jolgorio, de fantasmagoría y alucinación. Catóptricos. Especulares. De luces en medio de la oscuridad. De la escena. De la

cámara. De la caja. Que lo será de efectos especiales. Visuales. El arte del espectáculo de los efectos visuales de la imagen.

Ingenios asimismo de cinética. Ingenios asimismo de óptica. Y de lógica. Y de programación. Y de robótica. Claro está, de antes de la robótica, la programación y la lógica, propiamente dichas. El ingenio y la tecnocultura del objeto autónomo. Que es mecanismo. Que es autómeta. El arte en tiempos de cibernética.

Ingenios, finalmente, que tratan del tiempo, no ya tan sólo del espacio. Ingenios que se ocupan del movimiento, no ya tan sólo de la forma. Ingenios que incorporan el sonido a la imagen, no ya tan sólo centrados en lo visual. Ingenios, pues, que se conciben como efectos especiales. Que se ofrecen como espectáculo. Que directamente son medios. El arte en tiempos de *media*.

La tecnología contemporánea de la imagen, que actualmente es tanto como hablar de la imagen, del sonido y del movimiento, si no indisociados, sí potencialmente interrelacionados, interrelacionables, tiene así su principio exacto en el principio exacto de la sociedad de la tecnocultura, setecientos años atrás, a pesar de que en aquel momento nadie hablase ni de tecnología de la imagen, ni de tecnocultura, sino de ingenio.

Las palabras y los hechos, porque una cosa es la existencia o no de un término en concreto, y otra la existencia o no de un hecho en concreto. Hecho de pensamiento, hecho de sentimiento, hecho de obra. Éste es el caso, también, de la tecnocultura. De la tecnocultura antes de llamarse tecnocultura, cuando ni se llamaba cultura, pero lo era del ingenio.

Que es también cuando a la infografía no se la llamaba infografía, ni cine al cine, ni tan siquiera fotografía a la fotografía, lo cual no implica que no existieran como hecho, aunque fuese en estado básico, sumamente básico, germinal. El hecho y el modo, de ser. Hechos.

El hecho, uno, de la imagen hecha de luz, no ya de materia transformada. Luz natural y luz artificial. Luz en la oscuridad. Luz sobre la pantalla. Luz reveladora de imágenes. Del interior mismo de la luz. De luz. La imagen-luz.

El hecho, dos, de la imagen hecha movimiento, no ya de estabilidad. Imagen fugaz. Imagen inasible. De nubes. De espectros. De sonidos. Doblada y desdoblada en el reflejo, metálico. Seriada. Multiplicada. Desde el interior mismo del movimiento. En movimiento. De lapso de tiempo. La imagen-lapso.

El hecho, tres, de la imagen hecha de cálculo, no ya de trazos. Cálculo alfanumérico. De imagen reglada. Algorítmica. Escalar. De imagen de formas que son cifras que son letras que son intervalos que son puntuaciones que, al fin, acaban siendo formas. Vistas en perspectiva. Previstas. Desde el interior mismo del cálculo. La imagen-ítem.

La tecnocultura en tiempos de hechos, que no de palabras, de tecnocultura. Inicial. Hace setecientos años.

Lo que sucede, así, es que hace setecientos años a los ingenios empleados en la producción de tales imágenes, se les llamaba de una manera que hoy nos resulta absolutamente exótica, bien que no más exótica de lo que nos resulta el propio latín. Suyo.

El latín con que se designaban aparatos y sistemas tales como la *camera obscura*, que era también *cubiculum obscurum*, *conclave obscurum*, *locus obscurus* o *cubiculum tenebricosum*, y la *lucerna magica*, que asimismo era *apparentia*, *linterna viva* o *lucerna artificiosa*, y la *capsa conclusa*, y el *velum filo tenuissimo*, y el *astrarium*, y la *demonstratio* y la *figura demonstrativa*, y los *mirabili effetti*, que lo son de *mirabile visioni*, y el *oculus artificialis*, y el *finitorium* y el *radius*, y la *graticula* y la *sutile rete*, y el *ars artificialiter scribendi*, y el *teatrum catoptricum*. Latines y más latines y aún quasi latines, que tales serán toscanos como el *prospettiscopio*, y los *ingegni scenici*, y el *apparato di fantasma*, y la *macchina de visione*, y el *mondo nuovo*, y la *nuvola*.

Terminología latina y post-latina que, por otra parte, resulta de lo más adecuado para una sociedad que piensa en términos del latino *ingenium*. En el fondo, todo siempre acaba siendo tan coherente como sencillo: en tiempos de *technoculture*, todo vendrá en inglés (o casi), y en tiempos de *ingenium*, todo aparecía en latín (o casi). Del ingenio del *ingenium* a lo *tech* de lo *trick*, que será *cyber*, que será *digital*, que será *net*.

En el principio fue el ingenio, que era el modo en que hace setecientos años nuestra sociedad se refería a la tecnocultura, entendida como lo que ciertamente es, y es un modo global de entender la sociedad y aún el mundo, no una mera tecnología. De diversas técnicas. De múltiples aparatos. Existentes. Por existir.

Y es que, de todo lo dicho, podría deducirse erróneamente que, en lo que respecta al arte y la imagen, en el principio fueron una serie de ingenios imagineros, imaginativos, imaginarios, dichos en latín, pero máquinas al cabo. Máquinas. Aparatos. Instrumentos. Y no fue así. No.

Del mismo modo que sería erróneo concluir que en el principio fue el ingenio de un hombre de ingenio, que los hubo y muchos, algunos seguro que actualmente desconocidos, pero no por ello inexistentes, y otros, en cambio, no por conocidos actualmente, ni más importantes ni los únicos activos en su momento. Ingenieros. Magos. Artistas. Pues tampoco fue así. No.

En un principio fue lo que fue, no lo que no fue, y lo que no fue, es ni un nombre, por genial que pudiera ser, ni una máquina, por ingeniosa que pudiera funcionar: en un principio fue un paisaje de ingenio que se dio, de modo más o menos intenso, en todos los ámbitos de la vida cotidiana, incluido el artístico. Un paisaje de ingenio, claro está, lleno de máquinas y de nombres. De hombres (y de pocas mujeres, aún). Un paisaje que es antes bien un horizonte, de sucesos. Un paisaje que es más bien un territorio, de impulsos. Un paisaje que es ante todo un pasaje, de lo viejo a lo nuevo.

Pasaje que, como tal, resulta ciertamente difícil de hallar, no digamos ya de atravesar. Por problemas de actitud, metodológica. Por cuestiones de documentación, historiográfica. Por limitaciones de pensamiento, ideológico. La ideología del arte. Excluyente. Precisamente del arte de la tecnocultura. En tiempos de tecnocultura.

Todo ello, sin embargo, no impide en absoluto que ese pasado, setecientos años atrás, siglo arriba, siglo abajo, rebose de datos al respecto. Del pasaje al paisaje nuevo de la tecnocultura. Datos, eso sí, escondidos. Detrás de la terminología. Extraña. Detrás de las apariencias. Engañosas. Detrás de las convenciones. Tradicionales. La tradición, sobre todo, de una historia del arte confundida. Confundente.

Una historia del arte que confunde la historia del arte, arte, con la historia del poder, o casi. Una historia del arte que confunde la historia del arte, arte, con la historia del valor en bolsa, o casi. Una historia del arte que confunde la historia del arte, arte, con la historia de la pintura, o casi. Cuando no es eso, porque no tan sólo eso es arte. O no lo es, por lo menos, para nuestra sociedad. Del arte. Y del espectáculo. Y de los medios. Y de la comunicación. Y de la tecnología. El arte en tiempos de la tecnocultura.

La tecnocultura del arte vuelto, devuelto al territorio de la emoción y la idea. Su territorio. Que lo es indistintamente del individuo y del colectivo. De lo caro y lo barato. De lo muy complejo, mucho, y de lo muy simple, mucho también. De lo apacible y de lo airado. Del objeto y del experimento. Sin que importe cuáles son los materiales y los procedimientos

técnicos empleados. Más allá de si los museos lo tienen en cuenta o lo tienen en cuenta las cadenas de televisión. Al margen de si resulta una blasfemia o un cuento de hadas.

El arte de la tecnocultura es, simplemente, arte. Arte del imaginario. Colectivo. Contemporáneo. Arte del arte de acceder a dicho imaginario. A través de todas las vías posibles. Arte del arte de volcar dicho imaginario. Por medio de todos los medios. Incluida, claro está, la pintura. Pero tanto como la infografía. Y el *mixed-media*. Y la *performance*. Y la ilustración. Y el cartelismo. Y el cine. Y la vídeo-danza. Y la escenografía. Y el *comic*. Y el *anime*. Y, ¿hay que volver a repetirlo?, pues se repite, no es ningún problema: la pintura. Sí, la pintura, y la escultura, y el dibujo. Porque el arte del imaginario en tiempos de tecnocultura es, simplemente, arte. En libertad. De lenguajes. De recursos. De planteamientos. De estéticas. De métodos. De adscripciones. El arte de la libertad. Individual. Colectiva. Cotidiana.

La libertad del arte propia de la sociedad de la cultura del genio, que no es sino la cultura del ingenio en libertad. Y lo es desde el principio. El principio mismo de la cultura de la tecnocultura. El principio del ingenio.

En el principio fue el ingenio. Nuestro principio. El principio de nuestra sociedad. De nuestro pensamiento. De nuestra cultura. Tecnocultura. De nuestro imaginario. Tecnológico. Contemporáneo.

## ***Bibliografía***

### ***Libros***

Aracil, Alfredo. JUEGO Y ARTIFICIO. AUTÓMATAS Y OTRAS FICCIONES EN LA CULTURA DEL RENACIMIENTO A LA ILUSTRACIÓN. Ediciones Cátedra. Madrid. 1998.

Crary, Jonathan. SUSPENSIONS OF PERCEPTION. ATTENTION, SPECTACLE, AND MODERN CULTURE. The MIT Press. Cambridge, Massachusetts, 1999.

Baxandall, Michael. GIOTTO AND THE ORATORS, 1971. Traducción castellana de Aurora Luelmo: GIOTTO Y LOS ORADORES. LA VISIÓN DE LA PINTURA EN LOS HUMANISTAS ITALIANOS Y EL DESCUBRIMIENTO DE LA COMPOSICIÓN PICTÓRICA 1350-1450. La Balsa de la Medusa, 38. Visor. Madrid, 1996.

Dohr-Van Rossum, Gerhard. DIE GESCHICHTE DER STUNDE: UHREN UND MODERNE ZEITORDNUNGEN, 1993. Traducción de Thomas Dunlap: HISTORY

OF THE OUR. CLOCKS AND MODERN TEMPORAL ORDERS. The University of Chicago Press. Chicago, 1996.

Grassi, Ernesto. EINFÜHRUNG IN PHILOSOPHISCHES PROBLEME DES HUMANISMUS, 1986. Traducción castellana de Manuel Canet: LA FILOSOFÍA DEL HUMANISMO. PREEMINENCIA DE LA PALABRA. Autores, Textos y Temas Humanismo, 1. Editorial Anthropos. Barcelona, 1993.

Hockney, David. SECRET KNOWLEDGE. REDISCOVERING THE LOST TECHNIQUES OF THE OLD MASTERS. Thames & Hudson. London. 2001.

Jones, Careoline A. y Galison, Peter, editores. PICTURING SCIENCE. PRODUCING ART. ROUTLEDGE. New York. 1998.

Sommerer, Christa y Mignonneau, Laurent, editores. *Art @ Science*. Springer-Verlag. Wien. 1998.

### **Webs**

*Adventures in Cybersound*. <http://www.acmi.net.au/AIC/phd3000.html>

*Gli Ingegneri del Rinascimento. Da Brunelleschi a Leonardo da Vinci*. <http://galileo.imss.firenze.it/news/mostra/indice.html>

*I luoghi della Scienza in Toscana. Percorsi tematici. Arte e scienza*. <http://www.imss.fi.it/multi/luoghi/percorsi/html/artsci/indice.html>